



---

## IDENTIDAD CULTURAL Y EDUCACION DE ADULTOS

*Marco Antonio Martínez*

---

A principios de 1989, en ocasión de una serie de reuniones de trabajo para la edición del volumen V de *Alternativas de Educación para Grupos Culturalmente Diferenciados*, estuvieron en la sede del CREFAL tres investigadores de las áreas de educación y cultura: Dra. Inés Chamorro, Jefa de la División de Asuntos Culturales de la OEA; Dr. Sergio Nilo, Director del Instituto Interamericano del Niño, de la OEA, con sede en Montevideo, y el Lic. Irenarco Ardila, Director del Programa Integración Juvenil de Puerto Plata, en la República Dominicana. Con la participación del Dr. Luis G. Benavides, en ese entonces Director General del CREFAL, se realizó un diálogo en torno al tema de la educación de adultos y la identidad cultural.

*Actualmente, uno de los temas que causan más inquietud entre los educadores es el de la identidad cultural. Como ustedes saben, se ha hablado de educación de adultos y educación básica, educación de adultos y educación fundamental, educación de adultos y trabajo productivo, y parece que hay una relación clara entre estos términos. Ahora queremos hablar de educación de adultos e identidad cultu-*

*ral. Este binomio implica relaciones que no son muy claras, sobre todo cuando consideramos su relación con una problemática tan crítica como la de América Latina.*

**Sergio Nilo:** Esto me parece natural, ¿por qué natural? En primer lugar porque la identidad es inevitable; no se puede no tener ninguna identidad, se tiene que tener identidad. Si la educación, formal o no formal, ignora este fenómeno y supone una identidad que no es, la educación se equivoca y su metodología creará obstáculos que no son normales, que no son los usuales. No será la capacidad de aprendizaje de una persona la que estará conduciendo al éxito de una tarea educativa, el obstáculo que esa persona tendrá que superar está basado en una identidad que no le corresponde. Para decirlo de una manera exagerada, sin ninguna duda, y de una manera tal vez dramática también, recuerdo algo relacionado con el Caribe de habla inglesa y con la escuela. (No exactamente con la educación de adultos sino con la escuela; creo, sin embargo, que la analogía puede ser válida porque la educación de adultos no está tan lejos de la escuela como a lo mejor debería estar, de tal manera que muchas de las afirmaciones que se pueden hacer acerca de la escuela corresponden también a un enfoque de la educación de adultos). Las escuelas del Caribe exigen o suponen que el caribeño ingrese a la escuela con la aptitud de un europeo. Supone, por ejemplo, que domina el inglés británico, que respeta los textos de estudio, que quiere aprender determinada cosa. Ignora las ventajas que puede tener aquel caribeño: su sentido de armonía, su sensibilidad hacia los objetos y su propia lengua. De manera entonces que el aprendizaje en esa escuela encuentra obstáculos que no corresponden a la naturaleza del mismo hecho educativo, sino que corresponden a un supuesto equivocado de la institución, y ese supuesto se refiere a la identidad de las personas. Yo creo que tal supuesto no ha sido sólo un problema de la educación, sino que ha sido un problema en general de la evolución social y política en América Latina. No reconocemos que somos todos heterogéneos, ni que tenemos distintas identidades. Así, la definición de país no parece haber actuado por arte de magia para uniformar una identidad.

**Inés Chamorro:** Desde el punto de vista del patrimonio cultural, enfocado como un desarrollo cultural, se reconoce la existencia de la identidad cultural. La tarea del sector cultural oficial es trabajar por la afirmación de la conciencia de la identidad cultural. Para nosotros, los programas educativos son el mecanismo a través del cual se afirma esa identidad y se valora esa cultura. Además, todos los aspectos que son inherentes a ella se canalizan a través de distintos programas educativos, y si se trata de educación de adultos, con mayor razón, porque la dinámica de los grupos comunitarios está hecha alrededor de ese factor absolutamente importante que es el mecanismo educativo.

**Luis Benavides:** Cuando se habla de identidad estamos tratando un problema que va más allá de la realidad educativa. Estamos hablando de un problema que habría que analizar desde un punto de vista filosófico. Incluso, cuando se define la identidad como la posibilidad de ser igual a uno mismo, estamos tocando ya el terreno de lo metafísico. Creo que las corrientes filosóficas que han influido en nuestra educación, en nuestros procesos educativos en toda América Latina, son planteamientos que parten de visiones de identidad muy simplistas. Ya desde la llegada de los primeros conquistadores hubo aquí el grave problema de que los europeos que venían sentían a los demás como “los otros” -y con este “otros” me refiero a los que no eran europeos-; hicieron después una cierta distinción entre aquellos otros que sin ser europeos eran hijos de europeos o eran producto de la relación de una europea con el otro; fueron haciendo clasificaciones, pero los no europeos siempre eran “los otros”. Y bajo el título de “otros”, llamados indios o mestizos, nos dieron una identidad que no es la nuestra, simplemente nos dieron una identidad para diferenciarnos de ellos. Esto sucedió prácticamente en toda América Latina. El supuesto que está detrás de esta concepción de identidad es que la civilización y la educación tendrían que lograr que estos otros no europeos se acercaran al europeo y este proceso de acercamiento era lo que les iba a dar su identidad. Algo semejante sucedió, por ejemplo, con los griegos, que se atrevían a llamar “bárbaros” a todos los que no hablaban griego. Quizá aquí, en Mesoamérica, los chichimecas eran los bárbaros. ¿Por qué? Porque eran diferentes. Entonces, en el fondo del problema de la educación de adultos y de la identidad está este problema, que es sociológico, pero que también es filosófico. Cuando nos dicen “los otros”, cuando nos consideran indios y nos asignan una identidad que denota simplemente diferenciación, nos están haciendo unívocos: “Todos ustedes son los que no son como nosotros, y tienen que ser como nosotros si quieren llegar a ser alguien”. Esto ha traído problemas muy serios de identidad, problemas de minusvalía muy serios desde el punto de vista antropológico: queremos ser como los que dicen que valen, queremos ser como aquellos que se presentan como patrón definido, terminado. Las diferencias situacionales hacen diferencias sustanciales, metafísicas, no meramente ontológicas. Son diferencias que están en la sustancia misma de nuestro ser. Me gusta recordar, por ejemplo, que no es lo mismo el hambre de la persona que por obesa se pone a dieta y decide no tomar determinados alimentos, que la de nuestra gente que no tiene que comer, que vive en la miseria y que sufre de hambre. Algo así sucede con nuestra identidad. Podemos decir que todos somos iguales, pero eso es caer en una trampa, porque al fin y al cabo los patrones europeos han roto o quieren romper nuestra identidad. No nos permiten encontrar nuestra identidad porque nos han presentado como valores sus arquetipos de ser hombre, de ser culto, de ser científicamente apto, y creo que esto ha afectado muchísimo a la educación de adultos. Por ejemplo, frecuentemente medimos nuestro desarrollo por el número de analfabetos; afirmamos que un país está educativamente muy desarrollado porque tiene un alto

número de analfabetos, como si todo el analfabetismo fuera igual. Creo que el hecho de que nos impongan eso como medida de nuestro desarrollo atenta también contra esa posibilidad de ser nosotros mismos. Esto quizá en boca del Director de CREFAL, Centro dedicado a la alfabetización, puede sonar contestatario. Sin embargo, quiero decir que tenemos una identidad cultural, que es una identidad que se nos da en situación y es así como tenemos que verla.

**Irenarco Ardila:** Es muy sugestivo todo lo que acabas de decir. En relación a la identidad, quisiera hacer alguna reflexión a partir del caso concreto con el cual yo trabajo, con muchachos que viven en la calle. Al trabajar con estos muchachos se da uno cuenta de que ellos empiezan a ser “los otros”, los que no sirven, los que no acceden al nivel que otros sí tienen. Es curioso que se da por sentado que no tienen nada, que no pueden aportar nada. Además, en el caso concreto nuestro son niños, y se piensa que realmente es poco lo que puede dar un niño. Sin embargo, cuando un muchacho ha vivido muchos años en la calle aprende lo más difícil que es la capacidad de sobrevivencia. Es muy significativo que se diga que un niño que a los ocho años provee sus necesidades, y posiblemente necesidades de hermanos menores y aun de sus propios padres, no puede aportar nada. Naturalmente, este niño cuando va a la escuela se encuentra frente a algo tan lejano de su propia existencia, tan realmente extraño, que fácilmente la deja, fracasa y viene después una cadena de fracasos muy grande. El muchacho recibe desde pequeño el mensaje de que él no es. Hay una palabra que se usa con respecto a los niños y que es bastante fuerte; se dice que él es un niño desechable, desechable porque no se conforma, pero desde su pequeño mundo está siendo él, él está resolviendo los problemas centrales de su existencia. Suele ser corriente la posición de las personas que dicen “él tiene que dejar de ser él para ser como las personas normales”, pero pocas veces se plantean la observación contraria. Es seguro que hay algo en esos niños que nos permite iluminar lo que somos y ampliar nuestra manera de ver las cosas. Este es uno de los tropiezos permanentes de la educación. Estos niños y muchachos que están en las calles, y cuyo número crece en forma extraordinaria en todos los rincones de América, están aportando elementos que hasta hoy insistentemente se han desconocido. Y cuando las personas que trabajan en educación se detienen un poquito a considerar de otra manera, desde otro ángulo, los problemas que ahí se están planteando, desde otro ángulo, se dan cuenta de que ahí hay también semilla de renovación, de que es posible enriquecer la visión tradicional -llamémosle así- con una visión que desde abajo ilumina, amplía, enriquece y fortalece su punto de vista.

*Por lo que ustedes dicen, me parece que identidad cultural es un concepto fundamental para la educación. Sin embargo, nos queda todavía ver la otra parte: ¿Cuál es la relación entre la identidad cultural y la situación de pobreza y de injusticia que hay en América Latina?*

**Sergio Nilo:** Yo diría que parte de la respuesta a esta cuestión la comienza a dar Luis Benavides cuando menciona el problema del analfabetismo. Cuando uno mira la manera como se ha procurado resolver el problema, uno descubre que se han hecho muchos esfuerzos extraordinariamente valiosos, de una intención extremadamente buena y que, sin embargo, han sido también sumamente homogéneos. Por ejemplo, uno no encuentra muchos ejemplos de metodologías que consideren la calidad cultural de un pueblo que no ha producido escritura. No es lo mismo, por ejemplo, ser un español analfabeto que ser un quechua analfabeto. El español analfabeto pertenece a una sociedad que es alfabetada y que se comunica desde ese punto de vista, el quechua no. Pero cuando se procura alfabetizar al quechua, muchas veces, hasta donde yo he visto, lo hacen como si fuera español, es decir, como si él fuera a asignarle a la palabra escrita un valor. En investigaciones antropológicas, por ejemplo, se ha descubierto precisamente lo contrario; para el quechua la palabra escrita es un antivalor. La palabra escrita viene a ser la manera como se puede engañar, porque el hombre al escribir su palabra puede cambiarla; es muy curioso porque uno tiende a pensar precisamente lo contrario, pero los mitos que se recogen en la población andina indican exactamente que hay desconfianza por la palabra escrita. Hay un mito en que la palabra escrita es el arma que se usa para matar al inca; y esa arma no es el cañón, no es la pólvora, no es el explosivo, es la palabra escrita. Entonces, sólo de pensar simplemente en el obstáculo cultural que implica ser analfabeto, sin entrar al terreno de las valoraciones, meramente tomando esto como un dato, uno dice: un programa de alfabetización tiene que tomar ese dato en cuenta, ¿por qué no lo toma en cuenta, si eso se vincula con el problema de la injusticia y de la explotación? No se le toma en cuenta porque se supone que los adultos analfabetos son menores de edad, como si no hubieran desarrollado efectivamente su cultura, como si solamente a partir de aprender a leer pudieran estar en condiciones de autogestionarse, como si el aprender a leer y escribir fuera el pasaporte obligatorio que esa gente necesita para poder participar en el acontecer del país. Resulta que esa gente se gobierna y tiene una cultura política extraordinaria. (Probablemente la herencia más importante de la cultura inca sea su cultura acerca de los asuntos de gobierno). Sin embargo, todas estas personas no pueden participar plenamente en esas cosas porque no tienen el pasaporte de la lectoescritura. Hay que pensar que en una fecha del pasado cercano (1956, me parece, en Bolivia y 1962 en Ecuador) los indígenas no eran considerados ciudadanos; eran personas de segunda categoría, eran realmente siervos. Entre otras cosas, una de las justificaciones racionales para mantenerlos en esa situación de dependencia era su falta de dominio de la lectoescritura. No estamos hablando de 1850 ni de 1860, estamos hablando de 1950, de 1960, es decir, ayer virtualmente. Por lo tanto, las medidas que en esas fechas se tomaron no han entrado en vigor porque son medidas que implican un cambio de valor, esto es, una manera diferente de ver las cosas.

**Luis Benavides:** Yo creo que esta referencia que se acaba de hacer implica también todos los desajustes socioeconómicos que se han dado en nuestra América Latina. Nuestros patrones, nuestros paradigmas para medir progreso, desarrollo, justicia, cultura, civilización, etc., son paradigmas que nos son impuestos desde fuera. Cualquier medida de país desarrollado o subdesarrollado se va a tomar con referencia al producto interno bruto o con referencia al número de televisores por habitante o por el número de kilómetros pavimentados por habitante. Nos están imponiendo patrones culturales, maneras de ver el mundo, maneras de hacer y relacionarse con el mundo que no son los nuestros o que no debieran ser los nuestros, pero que nosotros asumimos como si efectivamente lo fueran. Y eso tiene una incidencia muy grave en la educación de adultos, no solamente como valores sino como las posibilidad de hacer. En la región de Pátzcuaro, en una conversación con indígenas purépechas, les preguntaba un día sobre los aspectos de la cultura occidental que les habían sido más perjudiciales. Entre las cosas que ellos señalaban, ponían en primer lugar “la prisa”: “En nuestra cultura no hay prisa -decían ellos-, de pronto nos llega gente que tiene prisa”. Hay ahí una concepción del tiempo, una vivencia del tiempo ciertamente peculiar. Después, al preguntarles qué significaba eso de “prisa” (yo me imaginé que se referían al tiempo que tarda una persona en realizar una actividad) dieron una respuesta sumamente interesante: “Nosotros cortábamos nuestros árboles con hacha y conseguíamos la madera que necesitábamos y que podíamos cortar durante un día para satisfacer nuestras necesidades, pero luego llegaron los que no son indios y nos trajeron la motosierra, que tiene prisa por acabarse el bosque. Antes pescábamos con nuestras redes pequeñas (en la región se utiliza una red en forma de alas de mariposa que se introduce en el agua para sacar uno o dos peces) y eso satisfacía nuestra comida y quizá un poquito más, para poderlo cambiar por otros alimentos. Pero ahora nos trajeron esos que les llaman chinchorros y que se extienden a todo lo largo, porque tienen prisa por acabarse los peces del lago”. Esto ha traído como consecuencia pobreza e injusticia. Pero esto ha originado también el deseo de oponerse a aquellos que nos quieren imponer sus valores culturales. Ellos no forman parte ya del hacernos a nosotros mismos, a través del cual intentamos unir el hacer con el ser, porque somos lo que hacemos, porque lo que hacemos forma parte de nuestra historia. Pero si nos dicen que tenemos que hacer carreteras, televisores y licuadoras que van a substituir nuestras maneras tradicionales de relacionarnos, de utilizar nuestro tiempo para hacernos a nosotros mismos, es normal que surja un sentimiento de minusvalía y que ese sentirnos menos nos obligue a copiar modelos de conducta.

**Inés Chamorro:** He seguido con enorme interés lo que nos plantea Luis desde el punto de vista de los otros y de aquéllos. En relación a esto, creo que estamos frente a una situación que plantea quiénes son los otros y quiénes son los unos dentro de un país. Encuentro que existe una marcada devaluación de los grupos

**marginales en cuanto a sus formas de pensar, de hacer y de contribuir. En otras palabras, ni siquiera se les otorga el derecho de “ser tontos a su manera”, es decir, se les niega el derecho a su identidad. Entonces, cuando se establecen programas, sean de producción o de desarrollo, en los que básicamente la educación de los adultos es el mecanismo a través del cual se logran los patrones de funcionamiento, no se tiene en cuenta de cómo esta gente actúa, de cómo esta gente que vive en los diferentes niveles geográficos, está condicionada ya por la altura, ya por el frío, el calor o el viento. Esto es, sus patrones no son tomados en cuenta. Entonces, fallan los programas y ocurre que la camisa de fuerza está ahí, pero no ha tenido resultados satisfactorios. El gran programa de desarrollo no funciona y el gobierno no tiene idea de las causas del fracaso. Al trabajar en este tipo de programas de desarrollo con la población adulta, nosotros mismos tendríamos que verificar nuestras propias actitudes: ¿qué somos nosotros? ¿Cómo actuamos? ¿Cómo pensamos? ¿Quiénes son esas otras personas? ¿Somos parte de ellos? ¿Somos los intermediarios? ¿Qué somos nosotros y cuál es nuestra identidad? ¿En qué mundo estamos viviendo personas como nosotros que han estado trabajando en los aspectos de cooperación técnica con diversos pueblos? Como un ejemplo de la necesidad de dar respuesta a tales interrogantes, decía Vicente Santuc, un notable educador del norte del Perú, que establecieron un programa de energía alternativa en el que quisieron poner unos molinos de viento que aprovecharan el viento de las tres de la tarde en la zona de los Andes, pero no se dieron cuenta que los campesinos tomaban chicha a esa hora, y les falló el programa.**

**Irenarco Ardila:** Hay un aspecto de orden práctico que se va clarificando. Todo parece indicar que hay un procedimiento que se va haciendo explícito a lo largo de la conversación. Cuando uno está en el terreno de la práctica parece que todo tiene que ver con el reconocimiento, como si hubiera una pedagogía diferente ahora, una pedagogía de la afirmación. Hace unos días, al estar trabajando con muchachos, tuvimos ocasión de realizar un diálogo muy semejante a éste, a un nivel de niños evidentemente. Ahí, un periodista le preguntaba a uno de ellos: “¿Cuántos años tienes?” “Tres”, contestó el niño. “¿Qué haces?” “Administro un negocio”, dijo el niño. Cuando alguien a los tres años administra un negocio, y lo dice con una propiedad tan grande, hay ahí algo muy importante. Curiosamente, eso no es significativo para la escuela. Es importante para el niño porque a partir de ahí él desarrolla su vida; él es y hace eso, pero eso no le importa a la escuela. Parece que aquí hay un mensaje fundamental para los educadores en el sentido de que hay que acercarse, hay que reconocer y hay que afirmar. Por supuesto, hay que entrar ahí en un proceso mucho más complejo; hay que ponerse en una situación de compartir, evidentemente. Uno se va acercando bastante a toda una corriente antropológica que viene insistiendo notablemente y que apenas con lentitud se asume, sobre todo en la escuela formal. Pienso que esto es

**sustancial. Es un reclamo a unir el ser y el hacer, que no representan un dualismo cuando uno está en la vida concreta. A mí me parece que este es un mensaje para los educadores, hay ahí un proceso que es de un orden diferente al convencional, pero es un proceso sustancial que toca también el ser y el hacer del educador. Por otra parte, quiero hacer un comentario a lo sugerido por Luis. Existe en general una negativa a examinar el problema de la identidad y esta situación ha afectado considerablemente lo que hacemos en América Latina. Por ejemplo, hay un educador boliviano que no era maestro propiamente, sino que intervenía en el fenómeno educativo como crítico. Esta persona estableció en 1910 una polémica extraordinaria con educadores. En cierto momento, él les dijo a los educadores: “Cierren los libros y abran los ojos a la realidad, ¿es que no ven que los niños no son alemanes?”. En ese momento se estaba estableciendo un sistema escolar fuertemente influido por un modelo extranjero. En ese sentido, este educador decía: “Los extranjeros no tienen la culpa, ellos están haciendo lo que deben de hacer, están transportando su ciencia; lo que se supone que nosotros debemos hacer es mirar nuestra realidad y ver cómo se comporta esa ciencia en nuestra realidad”. Un economista, con premio nobel en economía, hace poco decía lo siguiente: “El fenómeno económico más singular en estos últimos tiempos es un fenómeno inédito que no puede ser explicado por ninguna teoría económica, la combinación de inflación con desempleo”. Este economista pregunta: “Díganme ustedes, ¿cuál es la característica de la economía latinoamericana del siglo pasado? ¿No es inflación con desempleo? ¿Y cómo los economistas latinoamericanos no se dieron cuenta de ese hecho?”. Es que nunca estuvieron mirando su realidad, estuvieron mirando el texto y no miraban su realidad. Encontramos frecuentemente este tipo de situaciones. No tenemos costumbre de ver nuestra realidad y ahí es donde vienen los términos a los cuales les asignamos valores. Por ejemplo, pensamos que la palabra “puro” implica un mayor valor que la palabra “mezclado”, que lo “homogéneo” es preferible a lo “heterogéneo”. De esa manera, le asignamos poco valor a lo mestizo y le damos un alto valor a una herencia de raza pura. Resulta que en este momento los biólogos dicen que el gran enemigo de la vida -y lo dicen mirando a la naturaleza- es precisamente la homogeneidad; que es precisamente la heterogeneidad la que produce la evolución, que permite que la vida exista. América Latina es una región estupenda, extremadamente importante y valiosa en razón de su heterogeneidad. La riqueza de respuestas que significa la heterogeneidad es notable y la despreciamos porque creemos que hay un valor mayor asociado a la homogeneidad.**

*Capto entre ustedes un sentimiento a favor de la identidad cultural. Me pregunto si está llegando el tiempo de pensar en la educación de adultos en una estrecha relación con la identidad cultural.*

**Luis Benavides:** Creo que hay diversas identidades. Sería absurdo que el día que deje de ser Director de CREFAL quiera seguir conservando esa misma identidad.



Sin embargo, en este momento no puedo dejar de identificarme con esa realidad, porque esa realidad forma parte de mi cultura, forma parte de mi hacer. Entonces, creo que también aquí tenemos que pensar que la identidad cultural tiene que verse en situación. Hay una identidad cultural que nos define, digamos, nacionalmente; es un cierto patrimonio cultural que es nacional, así como podemos hablar de un patrimonio cultural latinoamericano. Pero hay también una diversidad de identidades culturales al interior de cada país. Es básico que sepamos observar, conservar e identificar tal diversidad. Este es quizá uno de los problemas que no se ha planteado en la educación de adultos. Nos vemos poco a nosotros mismos -ahí coincido totalmente con Sergio-, pero nos vemos menos todavía en la situación de seres trascendentes. Somos seres temporales, históricos, y esto nos da oportunidad también de estar situados en un espacio que forma parte de nuestra cultura, y a la que tenemos que responder en nuestro hacer para poder ser nosotros mismos. Este es un reto ciertamente de la educación de adultos, un reto que no es fácil resolver porque nuestros patrones en relación a la educación de adultos -como también lo había dicho de alguna manera Sergio- siguen estando muy ligados a la escolaridad; seguimos viviendo nuestra educación de adultos con parámetros referidos a los años cursados en la escuela, y esto hace que la misma educación de adultos pierda su identidad. Creo que la escuela -y en esto incluyo la educación de adultos escolarizada- no es la herramienta adecuada en estos momentos para el problema de la identidad cultural en América Latina. La escuela es todavía muy prescriptiva y una identidad no se puede prescribir. En Argentina se discutió, en uno de los gobiernos militares, el problema de la identidad cultural. Se les ocurrió, entonces, definir la identidad del argentino. Entre otras cosas llegaron a prescribir que para ser argentino hay que ser católico. Esto fue un absurdo realmente y no sirvió para nada. Si le encomendáramos, por ejemplo, a la educación formal en este momento una tarea en relación con la identidad cultural, probablemente la solución sería que la pusiera en un programa masivo y la mataría.

**Inés Chamorro:** Creo que hay mecanismos a través de los cuales, sistemáticamente y progresivamente, pueden darse a conocer las culturas locales de un país, incluso las de Latinoamérica. Por ejemplo, por medio de un programa de investigación de rescate de las culturas de tradición oral es posible, con la tecnología contemporánea, establecer módulos que vayan indicando a los niños de las escuelas elementos de la cultura local y nacional en contraposición a los mensajes que reciben de fuera. Ahora, por lo que toca a la educación de adultos, la identidad cultural debe ser el espíritu en el que se basen las acciones educativas. Existe en América Latina un gran bagaje de conocimientos no sistematizados: es la memoria de la gente, especialmente de aquella que todavía tiene patrones de culturas precolombinas y que posee tecnologías apropiadas para satisfacer sus necesidades y a la vez conservar el ambiente. Es necesario rescatar esta ciencia e incorporarla a programas de educación de adultos.

**Irenarco Ardila:** Puede observarse que en las intervenciones que hemos tenido a lo largo de esta conversación aparece un reclamo insistente a que la educación se acompañe de otras ciencias. Parece que la educación sola, encerrada en sus propias categorías, quedó corta frente a la realidad, y más cuando se enfrenta ante fenómenos para los que aparentemente sólo hay preguntas. A mí, después de esta conversación, me queda claro también que son muchas las preguntas. Otra vez se debe iniciar el vuelo; cuando ya parecía que habíamos caminado mucho hay que volver otra vez a empezar el vuelo, y empezarlo por nosotros mismos. Quiero apuntar otra observación que me parece útil. El tema de la identidad cultural es una mina sin descubrir todavía. Particularmente encuentro que es muy sugestivo hablar de la identidad porque ésta es una tarea que se está realizando permanentemente.